

Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 9

Article 15

1979

Cuento

Luis Dominguez

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Dominguez, Luis (Primavera 1979) "Cuento," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 9, Article 15.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss9/15>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

EN EL BOSQUE DE TIA LUCY

Luis Domínguez

En un escalofrío los advertí, cuando lo único que lograríamos sería taparnos. A Rosita se le engranujó la piel; apartó los pechos y las piernas cubriéndose lo que alcanzaba con el sobrepelo de la montura. Por mucho que hubiéramos conversado de la muerte de tía Lucy nos sorprendimos de ver soldados en el bosque. Fue como si un montón de semillas y hojas secas chirriaran en mi cabeza. Es que, como indica Rosita: Aquí no ha sucedido nada desde entonces. Creo que mi tío todavía anda buscando manchas de sangre, aunque no quiera hallarlas: Floro no se recupera. Buena idea desensillar a Lulú; lo hice por la yegua pero en la emergencia nos vino bien el sobrepelo. Rosita estimó coqueto el nombre, para una alazana como la mía; se volvió seria luego que le conté que era una ópera favorita de tía Lucy. Ella había espiado a tía Lucy paseando y cantando por el bosque, o dando alaridos, así muchos juzgan. Es fácil para la gente repetir las historias que le cuelgan porque ella fue diferente. La peor es la que le colgó ese Coronel en el diario después del entierro: el enredo con Fanor Samudio, el de la oficinita celeste donde decía Instituto de Desarrollo Agropecuario, INDAP. Tía Lucy era diferente; se ponía un birrete verde con una pluma y montaba a caballo en silla de mujer; a ella le gustaban los vestidos largos. Rosita creía que las que estudian en Viena tienen esa voz. Yo me figuraba que todas las sopranos debían ser así. Roberto Amaro sostiene que Fanor Samudio, luego del golpe, vino a esconderse a esta casa porque aquí hay buena música; jura que lo supo del propio Samudio, y algunos comentan que además de amigos fueron correligionarios. No esperaba yo ver a Rosita el primer día de caza. Vine con el pensamiento de que todo entre nosotros podría ser, aunque más lento. Ahí estaba entre sus hermanos, embarrándose los zapatos negros de taco, las pantorrillas desnudas, tiritonas. Se abrazaba a sí misma en su sobretodo gris, y el sobretodo le quedaba bastante corto; por más sol que haga huele a escasez de invierno. Los Amaro admiraban mi escopeta nueva con percutores cubiertos; las de ellos salpican pólvora, más aún si se caza choroyes y hay que disparar hacia arriba. Casi no reconocí a Roberto barbón; Arturo que sólo reza para que le crezca no ha cambiado. Más tarde he sabido bien que ya ese día, con las botas pesadas, estaban listos para largarse al interior. Rosita se encantó con Lulú y la montaba mientras cazábamos. Nos distribuimos en el bosque y ella se venía a estar conmigo y

Lulú. Desde el primer beso no quisimos que nos vieran y nos íbamos inclinando en dirección de los robles, donde el follaje está más bajo y la hierba más crecida. Hay que convencerse que esa debilidad no es vergonzosa, sino el amor, o por ahí vamos, y que la intemperie es un lugar como cualquier otro. Rosita y yo siempre terminábamos convencidos. Por eso que, aunque los choroyes avisaron, los soldados vinieron repentinamente; ni oímos sus pasos apresurados hasta que los vimos ya bajo los olmos. Nos enclaustramos detrás de un roble y don Benito, en medio de los soldados, no se dió por enterado de que estábamos. Me imagino de que para sorprender a los Amaro subieron por el camino antiguo. En seis años se afina el olfato así es que no los pillaron; agarraban al padre a fin de bajar con algo. Mordiéndose los labios Rosita dijo que todo estaba más o menos previsto, pero noté que no hablaba desde su médula que de seguir hablando volvería a ser la cabrita regalona entre sus hermanos y el padre, pero sin ellos. Floro me ha observado igual que en las tardes anteriores, cual si desde lejos se estuviese compadeciendo de mí. No me he referido a Rosita, lo que quizás no estuvo correcto; sin embargo no sería raro que sepa y por eso ni siquiera pregunte. Andate con prudencia, me advirtió el otro día, al saber que Roberto y Arturo se habían internado en la cordillera. Sacando cartuchos de la caja me los fue entregando, tal si llevase la cuenta, siendo que en el meditar se olvidaba hasta de los cartuchos y mis manos. El no recordaba sino que revolvía la pena en su cabeza. Basta con mantener los choroyes a raya; si dejamos de dispararles arruinan las siembras. Una vez Floro hizo dos espantapájaros tan bien hechos que los Amaro los tomaron por afuerinos. Pero los espantapájaros bien hechos no espantan a los pájaros; a Rosita se le ocurre que para los choroyes habría que construir monstruos. Ahora el tío estudia la eliminación de los nidos, un método más humano, opina, aunque aburrido. Pocos choroyes trajo, Juanito, se quejó la Clorinda, y no metió más bulla gracias a las seis codornices que cacé al subir. El tío ni miró suponiendo la cantidad de los últimos días, desde que no cazan conmigo los Amaro. Después me atendió con esa melancolía que lo va tornando más y más reservado a medida que anochece. Había calculado Floro que los Amaro podrían tener problemas, ¿pero el viejo...? Murmuró algo sobre la dictadura y don Benito, como si apenas fuera necesario, mientras encendía un cigarrillo para fumárselo de a poquito. Habrá que moverse por él, dijo, ¡porque estos pueden cualquier cosa! Remoto, se desacordó de extenderme la caja de sus cigarrillos. La Clorinda confesó que nos prepara un estofado y poco caso le hicimos así es que igualmente andará melancólica. Floro en su escritorio escucha ópera, *apenumbado*, como apunta mi madre, ya que la mortecina única luz está en el marco del retrato de tía Lucy. Luego de la comida tocará

piano. Debo escribir a mi madre previniéndola que no regresaré muy pronto. Quiso hacerme la maleta a condición de que la escuchara hasta el final. No entres en las piezas como caballo de invierno, Juan, ya eres un hombre y Florencio está cada día más sigiloso en sus quehaceres. Allá sólo se oye música y todo está obscuro, tenebroso, te diría si no fuera la casa de mi hermano; así es que cúidate para que no camines a empeñones con los muebles. El mantiene apagado por la señora Lucy, informa la Clorinda, por no continuar viendo manchas de sangre. Hubiera visto, Juanito, como fue aquello después de los balazos, porque la señora Lucy quedó viva la pobrecita, gimiendo y arrastrándose. A veces, cuando he estado sola, créame que oigo de nuevo su agonía...La Clorinda afirma que Floro en su escritorio se comunica con el más allá, pero no está segura que lo haga con tía Lucy. Furtivamente me mostró un libro en inglés con fotografías de espíritus que mi tío compró recién. Mi madre piensa que con los años Floro ha empeorado y este ambiente morbosos puede ser mala influencia. Tranquila, mamá, yo voy a pasar el día en el bosque. Bajo los olmos de la Lucy, Juan: ella impidió que los cortaran; por más perjuicio que los choroyes hacían en las siembras la Lucy se empecinaba por sus olmos. De ahí quizás provenga la ocurrencia de Rosita que el fantasma de tía Lucy se aparecerá bajo los olmos. Rosita aguarda verla como en su recuerdo, linda y con un vestido vaporoso; nadie le ha contado en detalle de los balazos y que uno le dió a tía Lucy medio a medio de la cara. Por eso el ataúd estuvo siempre cerrado. No hubo manera de componerla, añade la Clorinda. Le diré a mi madre que, aunque vaya a permanecer aquí más tiempo, no significa que Floro me convenciera o estoy olvidándome de intentar una vez más mi ingreso en la universidad. A pesar de que no sé cómo podría alejarme de Rosita, y es ridículo cuando mi mamá insiste que seré buen profesor dado que toda la gente me toma en serio. Excepto, digo, los encargados de la admisión que ya me rechazaron dos veces. Al desayuno Floro alega: [Que te vas a ir a meter a la universidad, Juan, ahora que está en las manos de los milicos y llena de soplones! Tienes tu pieza; la yegua y la escopeta, ya te lo dije, son tuyas. No sé dónde mi mamá averigua: antes de recibir mi carta se habrá enterado de la prisión de don Benito. Deseará venir y de porfiada tendría que hacerlo con una maleta vieja. A mí me daba lo mismo, mas ella insistió que me trajera la maleta nueva. Para nada me gustaría que Florencio se figure que estamos decayendo. Si te ve una maleta destartalada me va a invitar a mí, suponiendo que estoy comiendo poco. Le gustaría venir bien invitada, porque la necesita su hermano, y haría que Floro iluminara la casa. Ella se encariño más con los Amaro cuando ellos procuraron publicar un desmentido de la historia de tía Lucy y Fanor Samudio, aunque en el último instante los del diario no se atrevieron. Supo antes que yo

la ruptura del noviazgo de Rosita y el Memo Ortiz. Varios días estuvo apiadándose de don Benito y señora, ya que oyó que el desenamorado había sido el novio. No he conversado el asunto con Rosita, pero me imagino que no fue muy así. Me confió Rosita que había estado un mes sin querer mirarse bien al espejo y que esos zapatos negros de taco le importaban un bledo porque eran del ajuar. Desde aquella vez en el río envidió al Memo, pero también le tuvo ojeriza si se las daba de indiferente, como si no lo afectaran los arrimos cariñosos de Rosita. No me pica lo que hubo entre ellos; al fin y al cabo desarrolladita la vine a descubrir en un paseo al río. Confirmado está que en el río con Rosita nos mirábamos como quien no quiere la cosa y de regreso en los caballos ella se dejaba ir a mi lado. Me alegro que Rosita no sea de ese tipo de mujeres que enflaquecen con las tristezas. Roberto y Arturo no lo han llamado más Memo sino señor Ortiz, o maraco Ortiz, si están en confianza. Una conjetura: no sería extraño que el Memo les haya hecho la conseguida a los Amaro. La peor de las discusiones que ella tuvo con el Memo fue por tía Lucy y la versión del gobierno, así la llaman. Fanor Samudio era amigo de Floro y tía Lucy y vino huyendo a pedir a Floro que lo escondiera. Halló solo a tía Lucy, el tío andaba en Santiago. La Clorinda continúa botando lagrimones: Yo estaba aquí, Juanito, ¿no iba a verlo todo? Que la hayan matado sin piedad con tantísimo balazo en fin, ella estará en su gloria, pero dígame, usted, la maledicencia de este gobierno, esa es la cizaña... ¡Samudio, el mismo, el de la oficinita celeste del INDAP, decía la gente, quien se lo iba a imaginar! De la noche a la mañana Fanor Samudio fue peligrosísimo y todos recordaron haberle visto salir entre los soldados, luego de los balazos, capturado, sin embargo nadie más que la Clorinda y los soldados estaban para verlo; ninguno se arriesga a recordar haberlo visto después de aquel día. Un Mayor de *motu proprio*, muy privadamente, relata mi madre, dió explicaciones a Florencio sobre la falta de luz, el nerviosismo de los reclutas nuevos ante Fanor Samudio armado y el nefasto accidente. El tío no consiguió entender por qué el Mayor había venido y, como ya no había nada que hacer y el uniforme le quitaba el ánimo para un vinito, guardó silencio. Rosita se acuerda de Floro diciéndole a don Benito: Lucy y yo vivíamos enamorados a vista y paciencia y si la gente necesita esclarecimientos es porque no tiene remedio. El problema ahora opina ella, es que aquí no ha sucedido nada desde entonces. Con el pelo suelto y la mirada baja no permite a uno saber si está resignada o constantemente herida, si es algo que la intimida o se va a levantar esforzada de todos modos. Los tuvimos muy cerca, oímos sus respiraciones y el tintín de los metales en sus uniformes; no sé como eran sus rostros: el Teniente y los seis soldados que llevaban a don Benito pasaron serios, impasibles. Se apuraban por llegar al

cuartel y porque iban de bajada. Tal vez les resultamos cómicos: medio desnudos detrás de un roble, porque más allá el Teniente habló, dijo quizás un chiste, y los soldados desencadenaron sus carcajadas, seis carcajadas sonoras y diferentes. Aún reían cuando los perdimos. Rosita se vistió acurrucada; también ella tuvo escalofríos. De improviso me miró interrogante, haciendo pucheros y toda su interioridad pareció aflojarse en el llanto. Así estuvo sentada con la cabeza en mi hombro. Sonrió mientras le tomaba los pies alzándolos apenas sobre la hierba. Hacia su casa en ancas pensó que los soldados no podían ser los mismos que mataron a tía Lucy: en seis años y según se dan los tiempos esos deben haber ascendido. Antes de saltar de las ancas de Lulú y correr para abrazar a su madre, me hizo prometer que mañana nos juntaríamos más temprano.

Este cuento irá en un volumen en preparación que se llama «Oraciones subordinadas».